

## CAPÍTULO 24

Alrededor del jardín teníamos una cerca de madera que una vez al año, en primavera, pintaban de blanco. También a los troncos de los árboles los pintaban todos los años de blanco para repeler a los gusanos. En la cerca había una pequeña kalitka, un portillo a través del cual se accedía a la plashadka, una especie de explanada o plaza. Todos los lunes llegaban a la explanada los tziganki, los gitanos. Ponían allí su carro de colores con grandes ruedas y a un lado de la explanada preparaban una gran carpa de lona. Hermosas gitanas iban descalzas por las casas, iban a las cocinas a echar las cartas, limpiaban los inodoros, cantaban por unas monedas y, cuando nadie se daba cuenta, también robaban algo. Entraban en nuestra casa por la puerta de servicio, la chorni jod, que como ya te he contado estaba en un lateral.

Esa puerta daba directamente a la cocina, que era inmensa, más grande que todo este piso, con una mesa para comer en el centro y sillas para dieciséis personas. Había doce fogones de diversos tamaños y armarios con puertas amarillas y un montón de cacharros de porcelana y cristal. Recuerdo que teníamos una fuente enorme, alargada, donde se podía servir un pescado entero envuelto en hojas y rodeado de arroz y zanahorias. ¿Qué habrá pasado con esa fuente? Quién sabe. A lo mejor, aún sigue adornando la cómoda de la casa de algún hohol<sup>74</sup> gordinflón. Y había también un rincón con una pequeña tarima, una especie de podium sobre el que se balanceaba una mecedora con tapicería bordada, y al lado una pequeña mesa con una bandeja en la que siempre había un vaso con jugo de frutas dulce: era el trono de mamá, tu abuela: allí se sentaba, o a veces se quedaba de pie con las manos apoyadas en el respaldo de la silla, como un capitán en el puente de mando, y desde allí daba órdenes e indicaciones a la cocinera, a la sirvienta y a todo el que entraba en la cocina. Y no sólo en la cocina: esa tarima estaba dispuesta de tal forma que tenía buena perspectiva desde la izquierda, a través de la puerta, hacia el pasillo y las entradas de todas las habitaciones, y desde la derecha, a través de la ventana, hacia la zona lateral, el comedor y la habitación de servicio, donde vivían Kesnia y su hermosa hija Dora. Desde ese punto podía dirigir todos y cada uno de los frentes de batalla y por eso lo llamábamos la colina de Napoleón.

---

<sup>74</sup> Forma peyorativa de llamar a ciertas etnias de ucranianos cosacos.

A veces, mamá se ponía allí a cascar huevos en una fuente y nos obligaba a Haya, a Fania y a mí a comernos cruda la parte amarilla del huevo –eso que se llama... ¿clara?–, teníamos que tragar gran cantidad de esa cosa amarilla y pegajosa a pesar de que la odiábamos y nos daba asco, ya que por entonces existía la convicción de que lo amarillo del huevo te hacía inmune a todas las enfermedades. Y de hecho, ¿quién sabe?, puede que sea verdad. El caso es que estuvimos enfermas muy pocas veces. En aquella época nadie había oído hablar aún del colesterol. Fania, tu madre, era quien más yemas de esas tenía que tragarse, porque siempre fue la más débil y pálida.

De las tres, tu madre era quien más hacía sufrir a nuestra madre, que era una mujer mandona y algo marcial, una especie de feldfebel, un sargento. Se pasaba de la mañana a la noche dando sorbos a su jugo de frutas y dando órdenes, indicaciones e instrucciones. Tenía una forma de ser avariciosa que molestaba mucho a Papá, era realmente una avara enfermiza, pero casi siempre él cedía ante ella por prudencia, y eso era lo que más nos molestaba a nosotras: nosotras estábamos del lado de Papá, porque la razón estaba de su lado. Mamá tapaba siempre los sillones y los espléndidos muebles con sábanas, con lo que nuestro salón parecía estar lleno de espíritus. Le aterraba la más mínima mota de polvo. Tenía siempre la misma pesadilla, que unos niños entraban en casa y le pisaban sus sillones con los zapatos sucios.

La cristalería y la vajilla de porcelana estaban siempre guardadas, y sólo cuando iban huéspedes importantes, o en Pésaj y Año Nuevo, las sacaba y quitaba las sábanas de los muebles del salón. Nosotras odiábamos todo eso. Sobre todo tu madre detestaba esa hipocresía, eso de que medio se come comida kosher medio no, medio se va a la sinagoga medio no, medio se jacta uno de la riqueza medio se la cubre con sudarios blancos. Fania, más que ninguna otra, estaba del lado de Papá y se enfrentaba al poder de mamá. Creo que también Papá quería a Fania de una manera especial. Es cierto que no puedo demostrarlo, pues jamás mostró signos de favoritismo, era una persona con mucho sentido de la justicia y del agravio. En mi vida he conocido a una persona que odiase más que tu abuelo agraviar a alguien. Hacía grandes esfuerzos por no ofender ni siquiera a los más villanos. El judaísmo considera a las ofensas más graves que al derramamiento de sangre, y él de ninguna manera hubiera ofendido a nadie. Nunca. Jamás.

Mamá discutía con Papá en idish: en la vida cotidiana hablaban entre sí en una mezcla de ruso e idish, pero sólo discutían en idish. A nosotras, al socio de Papá, a los inquilinos, a la sirvienta, a la cocinera y al cochero nos hablaban sólo en ruso. Con la autoridad polaca hablaban en polaco. Tras la anexión de Rovno a Polonia, la nueva autoridad exigió que todo el mundo empezara a hablar polaco.

En el instituto Tarbut, los alumnos y los profesores hablábamos casi únicamente en hebreo. En casa, entre nosotras hablábamos hebreo y ruso, sobre todo hebreo para que nuestros padres no entendiesen lo que decíamos. Nunca nos hablábamos en idish. No queríamos ser como mamá: para nosotras el idish estaba relacionado con sus gritos, reprimendas y órdenes. Todo el beneficio que nuestro padre obtenía con el sudor de su frente del molino de harina se lo quedaba ella para gastarlo en modistas caras que le hacían vestidos lujosos. Pero casi nunca se ponía esos espléndidos vestidos, por pura tacañería los guardaba en el fondo del armario e iba siempre por casa con una bata vieja color rata. Sólo dos veces al año mamá se engalanaba como la carroza del zar e iba así a la sinagoga o a alguna fiesta benéfica, para que toda la ciudad la viera y se muriera de envidia. Pero a nosotras nos decía a gritos que estábamos arruinando a Papá.

A Fania, tu madre, le gustaba que le hablaran en voz baja y razonando, y no con gritos y reproches. Le gustaba dar explicaciones y que se las diesen a ella. No podía soportar que le dieran órdenes. No le gustaba ni darlas ni recibirlas. Incluso en su habitación tenía un orden propio –era una niña muy ordenada–, y si alguien perturbaba ese orden se molestaba mucho, aunque se contenía. Se contenía demasiado: no recuerdo ni una sola vez que Fania levantara la voz. O se enfadara. Pasaba por alto, sin decir nada, incluso cosas que, en mi opinión, no debían ser pasadas por alto.

En un rincón de la cocina, teníamos un gran horno y a veces nos dejaban que, jugando, tomásemos la lopata (la pala) y metiésemos el pan de Shabat en el horno: jugábamos a que echábamos al fuego a Baba Yaga, la bruja mala, y a Chorni Chort, el demonio negro. También había allí cocinas más pequeñas con cuatro fogones y dos dujovki para hornear pastas y asar carne. A través de los tres grandes ventanales de la cocina se veían el jardín y los árboles frutales, y esas ventanas casi siempre estaban cubiertas de vaho o vapor que se formaba con el calor de los fogones y el horno. Por la cocina se accedía al cuarto de baño: casi nadie en Rovno tenía por aquel entonces cuarto de baño en casa. Los ricos tenían una especie de barraca en el patio, detrás de

la casa, con una cuba de madera, una tina que se usaba tanto para la colada como para el baño. Sólo en nuestra casa había una bañera y nuestras amigas nos envidiaban por eso. Esas niñas llamaban a nuestra bañera «los placeres del sultán».

Cuando uno se quería bañar, se metían, en la boca abierta que había debajo de la gran caldera, algunos troncos y un poco de viruta, se encendían y se esperaba una hora, u hora y media, a que la caldera se calentase lo suficiente. Había bastante agua caliente para seis o siete baños. ¿De dónde venía el agua? En el patio vecino había una especie de koloditz, un pozo, y para llenar nuestra caldera se cerraba el koloditz y Philip, Antón o Vasia, con una bomba de mano, sacaban el agua y llenaban nuestra caldera.

Recuerdo que una vez, después de la última comida antes de Iom Kipur, dos minutos antes de que comenzara el ayuno, Papá me dijo: Surele, mein tokterl, por favor, tráeme un vaso de agua del pozo. Echó en el agua que le llevé tres o cuatro terrones de azúcar, lo removi6 con el dedo meñique, no con una cuchara, se lo bebió y me dijo: Ahora, gracias a ti, Surele, el ayuno me resultará algo más llevadero. Mamá me llamaba Sonitshka, los profesores Sara, y para Papá siempre fui Surele.

A veces a Papá le gustaba remover así, con el meñique, o comer con las manos, como cuando aún era proletario. Sus ideas habían seguido siendo proletarias, y también sus modales. Entonces yo era pequeña, tendría unos cinco o seis años. No puedo explicarte, no puedo explicarme ni siquiera a mí misma, qué alegría, qué felicidad produjeron en mí esas sencillas palabras, que gracias a mí el ayuno le resultaría algo más llevadero: el caso es que todavía ahora, cuando ya han pasado ochenta años, me siento feliz, exactamente igual que aquel día, cada vez que lo recuerdo.

Pero al parecer hay en el mundo una felicidad opuesta, una especie de felicidad malsana, que surge de hacer el mal a los demás; al parecer uno también se puede sentir bien así. Papá decía que nos expulsaron del paraíso no porque comiéramos del árbol de la ciencia del bien y del mal sino porque comimos del árbol de la maldad. Si no, ¿cómo se explica la felicidad malsana? ¿Que nos alegremos no por lo que tenemos sino por lo que tenemos y no tienen los demás, porque los demás nos envidien, porque les vaya mal? Papá decía que toda tragedia tiene algo de comedia y que toda desgracia produce cierto alivio en aquel que la contempla. Dime

una cosa, ¿es cierto que en inglés ni siquiera existe una expresión como «alegrarse de la desgracia ajena»?

Enfrente del cuarto de baño, al otro lado de la cocina, a la izquierda, había una puerta que daba a la habitación de Kesnia y su hija Dora, la niña que al parecer tuvo Kesnia con el anterior dueño de la casa, el alcalde Lebedevsky. Creo que cuando mi padre le compró la casa a Lebedevsky había una cláusula en el contrato que prohibía echar de la casa a Kesnia Demitriovna y a Dora, así como a Liubov Nikititzna, la noble que vivía con sus dos hijas tras la cortina al fondo del pasillo. Cuando yo aún vivía con ustedes en Jerusalem, en la calle Amós, pared con pared, a lo mejor aún te acuerdas, trabajaba de enfermera en Hadassah, y Buma venía todos los viernes de Tel Aviv a visitarme, también yo tenía una especie de cuarto oscuro sin ventana y, acordándome de la cortina de la condesa, me hice con un armario y una cortina, una cocinita con un pequeño hornillo, una tetera y un cesto para el pan.

La tal Dora era guapísima, tenía la cara de una Virgen, un cuerpo redondeado pero una cintura muy fina, como de avispa. Tenía los ojos castaños, grandes, unos ojos de gacela, pero estaba un poco desquiciada: a los catorce, o a los dieciséis años, se enamoró de un hombre mayor llamado Krinsky, quien al parecer estaba enamorado a su vez de su madre, de Kesnia. El señor Krinsky vivía en la calle principal, la calle Czecziego Maya esquina Niamitzki, junto a la oficina de correos, frente al negocio de la familia Fisiuk.

Kesnia le preparaba a su Dora una sola comida al día, al atardecer, y entonces le contaba el capítulo de la historia del día, nosotras tres íbamos corriendo a escucharlas, pues Kesnia sabía contar extrañas historias que a veces te ponían los pelos de punta, en mi vida he conocido a nadie que contara historias como ella. Aún recuerdo una historia que contó Kesnia Demitriovna: érase una vez el tonto de un pueblo, Yanushka, Yanushka Dorachuk, a quien su madre mandaba cada día al otro lado del puente a llevar la comida a sus hermanos mayores que trabajaban en el campo. Para Yanushka, que era tonto y haragán, su madre ponía sólo un pedazo de pan para todo el día. Una vez se hizo un agujero en el puente, o mejor dicho en la presa, y el agua empezó a salir y a amenazar con inundar todo el valle. Yanushka, que estaba justo allí, tomó el único pedazo de pan que su madre le había dado y tapó con él el agujero de la presa, para que no se inundase todo el valle. Por casualidad

pasaba por allí el anciano rey, quien, al verlo, se sorprendió y le preguntó a Yanushka por qué había hecho eso. Yanushka le contestó: ¿qué quiere decir Su Majestad? Lo he hecho para que no haya una inundación, si no la gente se hubiese ahogado. ¿Era el único pan que tenías?, preguntó el anciano rey, ¿entonces, que vas a comer hoy? Bueno, Su Majestad, si no como hoy no pasa nada, comerán los demás y yo comeré mañana. El anciano rey no tenía hijos y le sorprendió tanto lo que había hecho Yanushka y también su respuesta que, en ese mismo momento, decidió nombrarlo heredero al trono –un rey durak, es decir, un rey tonto–, e incluso cuando Yanushka subió al trono todos siguieron riéndose de él, todo su país se reía de él, y hasta él se reía de sí mismo: se pasaba todo el día sentado en el trono haciendo todo tipo de muecas. Pero poco a poco reconocieron que bajo el reinado del rey tonto Yanushka no había estallado ninguna guerra, pues simplemente no sabía lo que era sentirse ofendido, ni vengarse ni guardar rencor. Por supuesto, al final los generales lo asesinaron y tomaron el poder y, por supuesto, de inmediato se sintieron ofendidos por el olor a establo que llegaba por la frontera del país vecino y le declararon la guerra, y todos murieron en la guerra, y también hicieron saltar por los aires la presa que el rey Yanushka Dorachuk había taponado una vez con un pedazo de pan, y todos, felices y contentos, se ahogaron en la inundación y los dos países perecieron.

Fechas: mi abuelo, Naftalí Hertz Mussman, nació en 1889. Mi abuela Itta nació en 1891. La tía Haya nació en 1911. Fania, mi madre, nació en 1913. La tía Sonia nació en 1916. Las tres hijas de la familia Mussman estudiaron en el instituto Tarbut de Rovno. Después, Haya y Fania, una tras otra, fueron a estudiar durante un año a un instituto privado polaco que otorgaba el título de bachiller. Ese título les permitió a las dos ser aceptadas en la Universidad de Praga, ya que en la Polonia antisemita de finales de los años veinte casi no aceptaban a ningún judío en la universidad. Mi tía Haya llegó a Palestina en 1933 y logró alcanzar una buena posición en el partido Haoved Hatzioni y en la delegación de Tel Aviv de la organización Irgun Imahot Ovdot<sup>75</sup>. Así conoció Haya a algunas personalidades del momento. Tenía apasionados pretendientes, entre ellos algunos que empezaban a despuntar en el firmamento del comité de trabajadores, pero ella se dejó llevar por su corazón y se casó con un obrero alegre y bondadoso originario de Polonia, Zvi Shapira, que después trabajó como administrador en un ambulatorio y con el tiempo

---

<sup>75</sup> Un departamento de la mujer en la Histadrut (Organización de Sindicatos de Israel).

se convirtió en el director administrativo del hospital gubernamental Tzahalon de Yafo. Una de las dos habitaciones del piso en la planta baja de Haya y Zvi Shapira, en la calle Ben Yehuda 175 de Tel Aviv, fue alquilada en la segunda mitad de los años cuarenta a altos oficiales de la organización Haganá. Durante los meses que duró la guerra de la Independencia vivió allí el general Yigal Yadin, que era entonces el responsable de las operaciones y el comandante del Estado Mayor. Allí hubo reuniones nocturnas: Israel Galili, Yitzhak Sadeh y Yaakov Dori, dirigentes de la Haganá<sup>76</sup>, se reunían y tomaban decisiones. Tres años más tarde, en esa misma habitación, mi madre puso fin a su vida.

Incluso después de que la pequeña Dora se enamorase del amante de su madre, el señor Krinsky, Kesnia siguió preparándole la comida al atardecer y contándole historias, pero la comida que le preparaba estaba empapada en lágrimas y también las historias. Las dos se sentaban al atardecer, una lloraba y comía, la otra lloraba y no comía, no discutían, al contrario, a veces se abrazaban y lloraban juntas, como si ambas tuvieran la misma enfermedad incurable. O como si la madre, sin querer, hubiese contagiado a la hija y la cuidase con amor, arrepentimiento, gran compasión y entrega infinita. Algunas noches oíamos chirriar el portillo, la pequeña kalitka de la cerca del jardín, entonces sabíamos que Dora había vuelto y que pronto su madre iría a hurtadillas a la misma casa de la que volvía Dora. Todo era exactamente como decía Papá: toda tragedia tiene algo de comedia.

Kesnia se cuidó mucho de que su Dora no se quedase embarazada. Le explicaba una y otra vez, haz esto y no aquello, y si él te dice así tú le dices asá, y si él quiere así tú haces así y asá. De ese modo también nosotras oíamos algo y aprendíamos, porque a nosotras nunca nos explicaban cosas tan feas. Pero no sirvió de nada, pese a todo, la pequeña Dora se quedó embarazada, en casa decían que Kesnia fue a pedirle dinero al señor Krinsky, y que él no quiso dárselo e hizo como que no sabía quiénes eran Kesnia y Dora. Así nos creó Dios: la riqueza es un pecado y la pobreza un castigo, pero el castigo no se le impone al culpable sino a quien no tiene dinero para librarse del castigo. La mujer, por su naturaleza, si está embarazada no puede negarlo, no puede hacerlo de ninguna manera. En cambio el hombre puede negar lo que quiera, ¿y qué se puede hacer? Dios le dio a los hombres el placer y a nosotras el castigo. Al hombre le dijo: ganarás el pan con el sudor de tu frente,

---

<sup>76</sup> Organización paramilitar de la defensa, creada en 1920.

que es un premio y no un castigo, quítale el trabajo a un hombre y de inmediato perderá la cabeza, y a nosotras las mujeres nos permitió oler de cerca durante toda la vida el sudor de la frente de los hombres, que es un placer bien pequeño, y nos dijo: parirás a los hijos con dolor. Ya sé que se puede ver de forma algo diferente.

Cuando la pobre Dora estaba casi de nueve meses se la llevaron a un pueblo, a casa de una prima de Kesnia. Creo que papá les dio algo de dinero. Kesnia fue con Dora al pueblo y volvió unos días más tarde enferma y pálida. Kesnia. No Dora. Dora volvió al cabo de un mes, ni enferma ni pálida sino roja y lustrosa como una manzana jugosa, volvió sin ningún niño y no parecía triste, tan sólo más infantil de lo que era antes del parto. Y eso que también antes era ya muy infantil. Pero al volver del pueblo Dora empezó a hablarnos con un lenguaje infantil y a jugar con muñecas, y cuando lloraba lo hacía como una niña de tres años. También empezó a dormir tantas horas como un bebé: veinte horas diarias dormía esa chica, se levantaba sólo para comer algo, beber e ir a donde ya sabes.

¿Y qué pasó con el niño? Quién sabe. Nos dijeron que no preguntásemos y nosotras éramos unas niñas muy obedientes, no hicimos preguntas y nadie nos contó nada. Sólo una vez, una noche, Haya nos despertó de pronto a las dos, a Fania y a mí, y dijo que había oído claramente en el oscuro jardín, era una noche lluviosa con mucho viento, el llanto de un niño. Queríamos ponernos algo de ropa y salir pero nos dio miedo. Cuando Haya fue a despertar a papá ya no se oía ningún niño pero, a pesar de todo, Papá tomó una gran linterna, salió al jardín y miró en cada rincón. Cuando volvió dijo en un tono algo triste: Hayunia, creo que lo has soñado. No discutimos con nuestro padre, ¿de qué habría servido discutir?, pero las tres sabíamos perfectamente que Haya no lo había soñado sino que de verdad había un niño llorando en el jardín, la prueba era que no sólo Haya, sino también Fania y yo habíamos oído ese llanto que todavía recuerdo: fino y agudo, penetrante, estremecedor, no como el de un niño hambriento que quiere mamar, no como el de un niño que tiene frío, sino como el de un niño a quien le duele mucho algo.

Después la bella Dora contrajo una extraña enfermedad de la sangre y Papá les volvió a dar dinero para que la reconociera un importante doctor de Varsovia, tan famoso como Louis Pasteur. Nunca más volvió. Kesnia Demitriovna siguió contando historias al atardecer, pero sus historias eran cada vez más salvajes, es

decir, incivilizadas, y a veces hasta decía palabras feas que nosotras no queríamos oír. O puede que sí quisiéramos, pero nos refrenábamos porque éramos tres niñas educadas como se educaba antes a las chicas, no como se hace hoy.

¿Y la pequeña Dora? Nunca más volvimos a hablar de ella entre nosotras. Tampoco Kesnia Demitriovna mencionaba su nombre, como si le hubiese perdonado que le quitara a su amante pero no que desapareciera en Varsovia. En su lugar, Kesnia crió dos preciosos pájaros en el porche, en una jaula, y hasta el invierno se mantuvieron muy bien, pero en invierno se le congelaron. Los dos.

## CAPÍTULO 25

Menahem Gelerter, el autor del libro sobre el instituto Tarbut de Rovno, fue profesor en ese instituto de Biblia, literatura e historia de Israel. Entre otras cosas, aparece en su libro, «citando de memoria», parte de lo que estudiaban mi madre, sus hermanas y sus compañeras según el sistema de estudios hebreo de los años veinte, «a pesar de la carencia crónica de libros de texto en hebreo»:

...relatos, una selección de poemas de la Edad de Oro de Sefarad, la filosofía judía de la Edad Media, antologías de H. N. Bialik y Saúl Tchernijovsky, y también selecciones de obras de Shneour, Yaakov Cohen, Berdichevsky, Frischmann, Peretz, Shalom Asch, Brenner (todos en la editorial Toshiyah), Mendele, Scholem Aleijem, Berkovitz, Kebek y Burla. Asimismo –la mayoría traducciones publicadas en las editoriales Shtibel y Umanut–, en el instituto Tarbut se estudiaban selecciones de obras de Tolstoy, Dostoievsky, Pushkin, Turgueniev, Chéjov, Mickiewicz, Sankevitz, Krasinsky, Maeterlinck, Flaubert, Romain Rolland, Schiller, Goethe, Heine, Gerhart Hauptmann, Wasserman, Schnitzler, Peter Altenberg, Shakespeare, Byron, Dickens, Oscar Wilde, Jack London, Tagore, Hamsun, La epopeya de Gilgamesh en traducción de Tchernijovsky, etcétera. Y también: Historia de Israel de Y. N. Shimhoni, Historia del Segundo Templo de Yosef Klausner, Libro de fango del abismo de Natán Hannover, La tribu de Judá, de Yehudah Ibn Verga, El libro de las lágrimas de Shimon Bernfeld e Israel en el exilio de B. Z. Dinburg.

Todos los días, me cuenta la tía Sonia, por la mañana temprano, antes de que empiece a hacer calor, a las seis o antes, bajo despacio las escaleras para tirar la basura. Antes de volver a subirlas tengo que descansar un rato, sentarme unos minutos en la tapia junto a los cubos de basura, porque las escaleras me sofocan. A veces me encuentro allí con una emigrante de Rusia, Varia, que barre todas las mañanas las veredas de la calle Wiesel. Allí, en Rusia, era una directora importante. Aquí barre las calles. Casi no sabe hebreo. Algunas veces nos quedamos un rato junto a los tachos de basura y hablamos un poco en ruso.

¿Por qué trabaja de barrendera? Para pagarles la universidad a sus dos hijas; las dos tienen mucho talento, una estudia química y la otra odontología. Marido no tiene. Parientes en Israel, tampoco. Ahorran en la comida. Ahorran en la ropa. Viven las tres en una habitación. Todo sacrificio es poco con tal de que no les falte para los estudios y los libros. Siempre ha sido así en las familias judías: se creía que los estudios eran una inversión de futuro, lo único que nadie podía arrebatarse nunca a tus hijos; aunque hubiera otra guerra, otra revolución, otro éxodo, otros edictos, siempre podrían esconder el diploma apresuradamente bajo el dobladillo de la ropa, y huir a algún lugar donde los judíos aún pudieran vivir.

Los gentiles nos decían: el diploma es la religión de los judíos. No la riqueza o el oro. El diploma. Pero detrás de esa fe en el título había algo más complejo, más íntimo, y era que a nosotras, las chicas de aquella época, incluso a las chicas modernas como nosotras, chicas que habían estudiado en el instituto y después en la universidad, nos enseñaban que la mujer tiene derecho a ser culta y a participar en la vida pública, pero sólo hasta que tiene hijos. Tu vida te pertenece durante poco tiempo: desde que sales de casa hasta que te quedas embarazada. Desde ese momento, desde el primer embarazo, debemos empezar a vivir única y exclusivamente para los hijos. Igual que nuestras madres. Incluso barrer las calles por los hijos, pues tu hijo es el polluelo y tú no eres más que la clara del huevo, tú sólo eres lo que el polluelo devora para crecer y hacerse fuerte. Y cuando tu hijo crece, tampoco vuelves a pertenecerte a ti misma, porque simplemente dejas de ser madre para ser abuela, que no es otra cosa que la ayudante de los hijos en la cría de sus niños.

Es cierto que por aquellos años también había bastantes mujeres que hicieron carrera y entraron a formar parte de la vida pública. Pero todo el mundo hablaba de ellas a sus espaldas, mira qué egoísta, todo el día de reuniones y sus pobres hijos, que están creciendo literalmente en la calle, son los que pagan el pato.

Ahora, el mundo ha cambiado. Ahora, por fin, se les permite a las mujeres vivir un poco más su vida. O tal vez sea sólo apariencia. Es posible que también las mujeres de las jóvenes generaciones se pasen las noches llorando sobre la almohada, cuando los maridos se han dormido, porque se sienten forzadas a elegir entre una cosa u otra. Yo no quiero juzgar: éste ya no es mi mundo. Para poder juzgar tendría que haber ido de puerta en puerta, comprobando cuántas lágrimas de madres se vertieron en aquellos tiempos, en la oscuridad de la noche, sobre la almohada

cuando el marido dormía, y tendría que comparar aquellas lágrimas con las lágrimas de ahora.

A veces veo en la televisión, y otras veces incluso desde aquí, desde la terraza, cómo las parejas jóvenes comparten las tareas después de una jornada de trabajo: lavan, tienden, cambian pañales, cocinan, una vez incluso le oí decir a un chico joven en la tienda que al día siguiente su mujer y él iban..., así lo dijo: Mañana vamos a que nos hagan la prueba de la amniocentesis. Cuando le oí decir eso se me hizo un nudo en la garganta: ¿será posible que, a pesar de todo, el mundo haya cambiado algo?

La maldad no se ha apartado de la política, sigue estando presente en las religiones, los pueblos y las clases sociales, pero tal vez se haya apartado un poco de las parejas, de las familias jóvenes. Tal vez sólo esté fantaseando. Tal vez sea todo una comedia y, en el fondo, el mundo siga siendo igual: la gata amamanta a los cachorros y el señor gato con botas se relame, mueve los bigotes y corre al patio en busca de placeres.

¿Recuerdas lo que dice el libro de Proverbios? Dice así: el hijo sabio alegra al padre y el hijo necio apena a la madre. Si el hijo sale inteligente, el padre lo celebra, se enorgullece de él y le atribuyen todo el mérito. Pero si el hijo tiene algún defecto, es tonto, problemático, o un delincuente, por supuesto toda la culpa es de la madre, y los cuidados y el sufrimiento recaerán sobre ella. Una vez tu madre me dijo: Sonia, que sepas que sólo hay dos cosas... No. Otra vez se me hace un nudo en la garganta. Hablaremos de eso en otra ocasión. Ahora hablemos de otra cosa.

A veces ya no estoy completamente segura de acordarme bien, aquella princesa, Liubov Nikititzna, que vivía con nosotros detrás de la cortina con sus dos hijas, Tasia y Nina, y que dormía con ellas en la misma vieja cama, ya no estoy completamente segura, ¿era su madre de verdad? ¿O era sólo la gubernantka (la niñera) de las dos niñas, que seguramente eran de padres distintos? Pues Tasia se llamaba Anastasia Serguievna, y Nina, Antonina Boloslovna. Había cierta confusión. Algo de lo que no se hablaba mucho en casa, o se hacía con cierta vergüenza. Recuerdo que las dos niñas llamaban a la princesa «mamá» o maman, pero quizás era porque ya no recordaban a su verdadera madre. No te lo puedo decir con certeza,

ya entonces era un misterio. En aquellos tiempos se ocultaban muchas cosas. Hoy puede que se oculten menos. O puede que sólo se oculten cosas distintas. Que se hayan inventado nuevas cosas que ocultar.

No sé si es bueno o malo. No puedo juzgar los nuevos tiempos y las nuevas costumbres porque, tal vez, a mí y a todas las chicas de mi generación nos lavaran el cerebro. A pesar de todo, a veces creo que entre él y ella, lo que se llama..., seguro que entiendes a lo que me refiero con la expresión entre él y ella, bueno, entre él y ella tal vez en esta época algo se haya vuelto más sencillo. Cuando yo era una muchacha, lo que se llamaba una chica de buena familia, eso estaba lleno de peligros, de veneno, de una oscuridad aterradora. Como bajar descalza a oscuras a un sótano repleto de escorpiones. Se ocultaba todo. No se hablaba.

Pero se contaban chismes sin parar, había muchas maldades y envidias, se hablaba de dinero, de enfermedades, de triunfar en la vida, de las buenas familias y de las familias dudosas, esos discursos se repetían machaconamente en casa, y del carácter también se hablaba sin parar, es su carácter, no es su carácter. ¡Y las ideas! ¡Cuánto se hablaba antes de las ideas! ¡Hoy es imposible imaginarlo! Se hablaba del judaísmo, del sionismo, del Bund y del comunismo, se hablaba del anarquismo y el nihilismo, de América, de Lenin, se hablaba hasta de la cuestión femenina, tu tía Haya era la más atrevida de las tres al hablar de la emancipación de la mujer –claro que su atrevimiento se quedaba sólo en palabras–, Fania también era sufragista pero con ciertas reservas. Y yo era una tontorrón a la que siempre decían: Sonia, no hables, Sonia, no molestes, cuando crezcas lo entenderás. Por tanto, cerraba la boca y escuchaba.

En aquella época, la gente joven se pasaba el día entero enarbolando la bandera de la libertad: libertad por aquí y libertad por allá. Pero en aquello que sucede entre él y ella no había ninguna libertad. Sólo había pies descalzos en la oscuridad dentro de un sótano lleno de escorpiones. Eso es lo que realmente había. Es decir, que no pasaba una semana sin que oyéramos rumores terribles sobre una chiquilla a la que le había pasado lo que les pasa a las chiquillas imprudentes, o sobre una mujer respetable que se había enamorado y había perdido el juicio, o sobre una sirvienta a quien alguien había seducido, o una cocinera que había huido con el hijo de los señores y había vuelto sola con un recién nacido, o una profesora casada,

culta, con una buena posición, que de pronto se había enamorado de uno y lo había puesto todo a sus pies, y luego se vio rechazada y escarnecida. ¿Se dice escarnecida? ¿No? Pero tú entiendes a lo que me refiero cuando digo escarnecida. Cuando nosotras éramos jóvenes, el decoro era una jaula, pero también la única baranda que te separaba del abismo. El decoro presionaba el pecho de las chicas como una piedra de treinta kilos. Incluso en sueños, el decoro permanecía vigilante junto a nuestra cama, advirtiéndonos de lo que estaba bien soñar y lo que era feo que una chica soñara, pues tendría que avergonzarse al despertar por la mañana, aunque nadie lo supiera.

Puede que, hoy día, todo el asunto de entre él y ella sea menos oscuro, algo más sencillo. En la oscuridad que rodeaba antes esa cuestión, a los hombres les resultaba más cómodo aprovecharse de las mujeres. Por otra parte, el hecho de que ahora todo sea tan fácil ¿es bueno? ¿No resulta demasiado vulgar?

Hasta me sorprende estar hablándote de este tema. Cuando era joven, las chicas hablábamos a veces en voz baja de esas cosas. ¿Pero con un chico? Jamás en la vida he hablado de estos temas con un chico. Ni siquiera con Buma, y eso que, si Dios quiere, pronto hará sesenta años que nos casamos. ¿Pero de qué estábamos hablando? ¿No hablábamos de Liubov Nikititzna, de Tasia y Nina? Si alguna vez vas a Rovno, podrías hacer una investigación secreta: podrías intentar comprobar si aún tienen allí, en el ayuntamiento, documentos que puedan esclarecer el misterio, explicar si esa condesa, o princesa, era o no la madre de sus dos hijas. Y si era de verdad princesa o condesa. Puede que Lebedevsky, el alcalde, el anterior dueño de la casa, fuera también el padre de Tasia y de Nina, como al parecer lo era de la pobre Dora.

Aunque, pensándolo bien, todos los documentos que hubiera podido haber allí habrán sido quemados ya más de diez veces, cuando entraron los polacos, cuando entró el ejército rojo, y después cuando entraron los nazis, que sencillamente nos agarraron a todos, nos mataron, nos echaron a un foso y lo taparon con tierra. Después volvió Stalin con el NKVD, Rovno ha ido pasando de mano en mano, igual que un cachorro torturado por un grupo de vándalos: Rusia-Polonia-Rusia-Alemania-Rusia. Y ahora no pertenece a Polonia ni a Rusia sino a Ucrania, o puede que a Bielorrusia. O tal vez a alguna banda local. No sé a quién pertenece ahora. Y

tampoco me importa mucho saberlo: lo que existió ya no existe y lo que hay ahora, dentro de unos años ya no estará.

El mundo, basta con mirarlo un poco de cerca, no durará mucho. Dicen que un día el sol se apagará y todo volverá a la oscuridad. ¿Entonces por qué los seres humanos se han masacrado unos a otros a lo largo de la historia? ¿Qué es tan importante, qué gobierno habrá en Cachemira, o en la tumba de los patriarcas en Hebrón? En lugar de comer una manzana del árbol de la vida eterna y del árbol de la ciencia del bien y del mal, al parecer la serpiente nos dio una manzana envenenada del árbol de la maldad y nos la comimos con apetito. Así se terminó el paraíso y empezó este infierno.

Aquella princesa, o condesa, Liubov Nikititzna, era la madre o la niñera de las dos niñas. Era pariente del anterior alcalde, Lebedevsky, o él era su acreedor. Ella y el oficial polaco, el polkovnik, el señor Zakashevski, eran compañeros de cartas o entre ellos había una relación completamente distinta, seguro que entiendes a qué me refiero.

Hay tantas alternativas: se sabe bien poco incluso de quien vive bajo el mismo techo. Uno cree que sabe mucho y al final no sabe nada. Tu madre, por ejemplo, no, perdona, aún no soy capaz de hablar abiertamente de ella. Sólo de su entorno. Si no, la herida comenzará a doler. No hablaré de Fania. Sólo de lo que la rodeaba. Lo que rodeaba a Fania puede que también fuera Fania en cierta medida. Cuando de verdad se ama a alguien, teníamos un dicho así, se ama hasta su pañuelo. Traducido no queda muy bien, pero entiendes lo que quiere decir, ¿no?

Por favor, mira esto. Tengo algo que puedo mostrarte y que tú puedes tocar, para que sepas que todo lo que te he dicho no son sólo cuentos. Por favor, mira esto: no, no es una servilleta, es un mantel, un mantel bordado como los que aprendíamos a hacer las niñas de buena familia. Lo bordó para mí la princesa, o la condesa, Liubov Nikititzna. La cabeza bordada aquí, eso me dijo ella misma, es el contorno de la cabeza del cardenal Richelieu. Lo que no recuerdo es quién era ese tal cardenal Richelieu. Puede que nunca lo supiera, yo no soy tan culta como Haya y Fania: a ellas las enviaron a hacer el bachiller y después, a Praga, a estudiar en la universidad. Yo era un poco tonta. Todos decían de mi: Sonitshka es encantadora pero un poco tonta. A mí me enviaron a un hospital militar polaco para que me diplomara en

enfermería. Pero a pesar de todo recuerdo perfectamente que, antes de que me fuera de casa, la princesa me dijo que ésta era la cabeza del cardenal Richelieu.

Tú, a lo mejor, sabes quién era el cardenal Richelieu. Da igual. En otra ocasión me lo cuentas, o no. A mi edad no me importa nada acabar mis días sin el gran honor de saber quién era o qué era el cardenal Richelieu. Hay muchos cardenales, y casi todos odian a nuestro pueblo.

En el fondo yo también era un poco anarquista. Como Papá. Tu madre también era anarquista en el fondo. Aunque, claro, entre los Klausner no podía decirlo bajo ningún concepto: incluso así pensaban que era un poco rara, aunque siempre la trataron con bastante educación. Para los Klausner la educación estaba por encima de todo. Tu otro abuelo, el abuelo Alexander, me besaba la mano si yo no me apresuraba a retirarla. Había un cuento así, El gato con botas, ¿no? Tu madre vivía entre los Klausner como un pájaro encerrado en una jaula colgada en el salón de una familia de gatos con botas.

Yo era un poco anarquista por una razón muy sencilla, que nada bueno había salido aún de ningún cardenal Richelieu. Sólo Yanushka Dorachuk, ¿te acuerdas?, el tonto del pueblo de la historia de nuestra criada Kasniutzka, el Yanushka Dorachuk que se apiadó del pueblo llano y no pensó en el único pedazo de pan que tenía para comer, simplemente lo tomó y obstruyó con él el agujero del puente, y por eso se convirtió después en rey: sólo alguien como él se compadece de vez en cuando de nosotros. Todos los demás –los reyes y príncipes– no se compadecen de nadie. Y de hecho, tampoco nosotros nos compadecemos mucho de los demás: no nos compadecemos de la pequeña niña árabe que murió en un puesto de control de camino al hospital porque, al parecer, había allí un soldado sin corazón como el cardenal Richelieu. Un soldado judío, pero como el cardenal Richelieu. Lo único que quería era cerrar e irse a casa, y por eso murió esa niña, cuyos ojos deberían taladrarnos el alma e impedirnos dormir, aunque yo no vi sus ojos, porque en el periódico muestran sólo fotografías de nuestras víctimas y nunca muestran los ojos de sus víctimas.

¿Crees que el pueblo llano es un gran hallazgo? ¡En absoluto! El pueblo llano es necio y cruel como sus reyes. Ésa es la auténtica enseñanza moral del cuento de Andersen del traje nuevo del emperador, que el pueblo llano es tan tonto como el rey

y los ministros, y como el cardenal Richelieu. Pero a Yanushka Dorachuk no le importaba que se rieran de él todo lo que quisieran, lo único que le importaba era que todos siguieran vivos. Sentía compasión por las personas, pues todos, sin excepción, necesitamos algo de compasión. Incluso el cardenal Richelieu, incluso el Papa, seguro que has visto en la televisión lo enfermo y débil que está, y aquí, en Israel, le hicieron permanecer horas de pie bajo el sol sin ninguna compasión. No se apiadaron de un anciano enfermo, cuando hasta en la televisión podía apreciarse que se mantenía en pie con gran esfuerzo, pero él aguantó y permaneció inmóvil en el Yad Vashem durante media hora, con un calor sofocante, sólo para no ofendernos. Me resultó duro ver aquello. Sentí pena por él.

Nina era muy amiga de Fania, tu madre, eran de la misma edad, y yo me hice amiga de la pequeña, de Tasia. Estuvieron muchos años viviendo en nuestra casa con su maman, la princesa, la llamaban maman, en francés, pero quién sabe si de verdad era su mamá o sólo su nanny. Eran muy pobres, creo que no nos pagaban ni un céntimo de alquiler. Al parecer las heredamos, junto con Kesnia y Dora, del alcalde Lebedevsky, y a pesar de todo se les permitía entrar en casa, no por la puerta de servicio, la chorni jod, sino por la entrada principal, la paradnia jod. Eran tan pobres que la princesa, la maman, se pasaba las noches delante de un quinqué haciendo faldas de papel pinocho para las niñas ricas que iban a clases de ballet. Era un papel arrugado sobre el que pegaba muchas estrellas brillantes de papel de plata.

Hasta que un día la princesa, o la condesa, Liubov Nikititzna dejó a las dos niñas y se fue de repente a Túnez a buscar a una pariente perdida llamada Elizaveta Franzovna. ¡Y ahora fíjate en cómo se burla de mí la memoria! No consigo acordarme de dónde acabo de dejar el reloj, pero que esa mujer a la que jamás he visto se llamaba Elizaveta Franzovna y que, hará unos ochenta años, nuestra princesa Liubov Nikititzna fue a buscarla a Túnez, eso sí que lo recuerdo con absoluta claridad. A lo mejor mi reloj también se ha perdido en Túnez.

En nuestro comedor había un cuadro con un marco dorado, era de un judoznik (un pintor) muy prestigioso: recuerdo que en el cuadro se veía a un joven muy guapo con el pelo claro y rizado, un joven que parecía más una niña mimada que un chico: era algo intermedio entre niño y niña. No recuerdo su cara pero me

acuerdo perfectamente de que llevaba una camisa bordada con las mangas abombadas y un gran sombrero amarillo sobre los hombros –puede que de verdad fuese una niña–, y se le veían tres faldas, una debajo de otra, porque un lado estaba un poco levantado y por debajo asomaba primero la puntilla de unas enaguas de un amarillo intenso, como el de Van Gogh, y después, otras enaguas blancas de encaje, y debajo, cubriéndole las piernas, llevaba unas terceras enaguas azul celeste. Era un cuadro muy sobrio pero no realmente sobrio. Estaba pintado a tamaño real. Esa niña que tanto se parecía a un niño estaba ahí, en medio del campo, rodeada de hierba y ovejas blancas, en el cielo había algunas nubes y a lo lejos se veía un pedazo de bosque.

Recuerdo que una vez Haya dijo que una belleza así no debía salir a pastorear al campo sino quedarse entre los muros de un palacio, y yo dije que las terceras enaguas y el cielo estaban pintados del mismo color, como si las enaguas fuesen un pedazo de firmamento. Y de repente Fania, muy enfadada con nosotras, dijo: Cállense las dos de una vez, qué tonterías están diciendo, es un cuadro engañoso que encubre una gran corrupción moral. Esas palabras, más o menos, utilizó, pero no exactamente, yo no puedo reproducir el lenguaje de tu madre, nadie puede reproducir el lenguaje de Fania. ¿Te acuerdas aún de cómo hablaba Fania?

No puedo olvidar ese ataque de ira ni tampoco su cara en ese momento. Ella tendría, no lo podría decir con exactitud, unos quince o dieciséis años. Lo recuerdo bien precisamente porque era muy raro que ella se enojase así: Fania jamás alzaba la voz, jamás, aunque la molestasen y le hiciesen daño, ella tan sólo se encerraba en sí misma. Y en general había siempre que adivinar lo que realmente sentía, lo que no le gustaba. Y de repente –hasta recuerdo que fue un sábado por la tarde, o al final de alguna fiesta, Sukot quizá, o Shavuot–, de repente se enoja y nos reta, está bien que me retara a mí, yo sólo era una tontorrón, ¡pero retar así a Haya! ¡Nuestra hermana mayor! ¡La jefa de toda la pandilla! ¡Con su carisma! ¡A Haya, a quien todo el instituto admiraba!

Pero tu madre, como si de pronto hubiese decidido rebelarse, empezó a criticar con desprecio esa obra de arte que llevaba tantos años colgada en nuestro comedor. La criticó porque embellecía la realidad. Porque la falseaba. Porque en la vida real los pastores llevan harapos y no ropas de seda, y tienen la cara ajada por el frío y el hambre, y no una cara de ángel, y tienen el pelo sucio, con piojos y pulgas, y

no rizos de oro como éstos. Y porque ignorar así el sufrimiento es tan malo como causarlo, porque ese cuadro transforma la vida en un camino de rosas.

A lo mejor tu madre se enfureció con ese cuadro que estaba en el comedor porque el judoznik que lo pintó lo hizo de tal modo que pareciera que en el mundo ya no había desgracias. Creo que fue eso lo que la irritó. Por aquella época, al parecer, era más infeliz de lo que nadie podía imaginar. Perdona que esté llorando. Era mi hermana y me quería mucho y los escorpiones la devoraron. Bueno, ya basta. Lo siento. Cada vez que me acuerdo de aquel cuadro recargado, cada vez que veo una obra con tres enaguas y nubes, aparecen ante mis ojos los escorpiones que devoraron a mi hermana y empiezo a llorar.

## CAPÍTULO 26

Siguiendo los pasos de su hermana mayor, también Fania fue enviada en 1931, a los dieciocho años, a estudiar a la Universidad de Praga, ya que las universidades de Polonia estaban cerradas para los judíos. Mi madre estudió, en Praga, historia y filosofía. Sus padres, Itta y Hertz, como todos los judíos de Rovno, fueron testigos y víctimas del odio hacia los judíos cada vez más arraigado entre sus vecinos polacos, ucranianos y alemanes. Antisemitismo católico, antisemitismo ortodoxo, actos infames por parte de los vándalos ucranianos y crecientes conspiraciones por parte del gobierno polaco. Y como truenos lejanos llegaron hasta Rovno los ecos de la provocación venenosa y las persecuciones de judíos en la Alemania de Hitler.

También los negocios de mi abuelo entraron en crisis y la inflación de comienzos de los años treinta acabó casi de la noche a la mañana con todos sus ahorros. La tía Sonia me habló de «la cantidad de billetes polacos de millones y trillones que Papá me daba y con los que yo sólo podía empapelar las paredes. La dote que durante diez años había estado ahorrando para las tres se esfumó en dos meses». También Haya y Fania se vieron obligadas enseguida a interrumpir sus estudios en Praga porque el dinero, el dinero de su padre, casi se había acabado.

Por tanto, en una transacción precipitada y desastrosa, fue vendido el molino de harina, fueron vendidos el huerto y la casa de la calle Dubinska, el coche, los caballos y el trineo. Itta y Hertz Mussman llegaron casi sin nada a Eretz Israel en 1933. Alquilaron un mísero barracón, cubierto con tela asfáltica, al lado de Kiriath Motzkin. Papá, a quien siempre le había gustado estar cerca de la harina, consiguió encontrar trabajo de operario en una panificadora. Después, cuando tenía unos cincuenta años, compró una carreta y un caballo y se ganaba la vida primero repartiendo pan y, después, transportando material de construcción por los alrededores del golfo de Haifa. Lo recuerdo, un hombre de piel morena, pensativo, con ropa de faena y una camiseta gris sudada, su sonrisa era algo tímida pero sus ojos azules irradiaban alegría, y las riendas descansaban en sus manos, como si desde el pescante de la carreta encontrara el lado agradable y divertido de las vistas del golfo de Haifa, el monte Carmelo, las refinerías, las grúas del puerto a lo lejos y las chimeneas de las fábricas.

Siempre se había considerado un proletario. Y ahora que había dejado de ser rico y había vuelto al trabajo físico, de repente parecía haber vuelto a ser joven. Lo envolvió una constante y contenida felicidad, una especie de alegría de vivir no carente de una chispa de anarquismo. Igual que a Yehuda Leib Klausner de Olkeniki en Lituania, el padre de mi abuelo Alexander, a mi abuelo Naftalí Hertz Mussman también le gustaba el oficio de carretero, el ritmo de la soledad y la calma de sus lentos y continuos viajes, el contacto con el caballo y su fuerte olor, la cuadra, el forraje, los arreos, la vara, el saco de cebada, las riendas y el freno.

Sonia, que tenía unos dieciséis años cuando sus padres emigraron a Eretz Israel y sus hermanas estaban estudiando en Praga, permaneció en Rovno unos cinco años más, hasta que se diplomó en enfermería en la escuela cercana al hospital militar polaco de la ciudad. Llegó al puerto de Tel Aviv, donde la esperaban sus padres, sus dos hermanas y Zvi Shapira, el «reciente» marido de Haya, dos días antes de que terminara el año 1938. En Tel Aviv, unos años después, se casó con el que había sido su instructor en las Juventudes Sionistas de Rovno, un chico honesto, puntilloso y razonable llamado Abraham Gendelberg. Buma.

En 1934, un año después que sus padres y su hermana mayor, Haya, y cuatro años antes que su hermana pequeña, Sonia, también Fania llegó a Eretz Israel. Algunos de sus amigos contaban que en Praga había vivido una amarga historia de amor, pero no supieron darme detalles. Cuando estuve en Praga, anduve durante varias tardes por el laberinto de callejuelas empedradas que rodean la universidad dibujándome imágenes e imaginándome historias. Un año después de su llegada, mi madre se matriculó en la Universidad de Har Hatzofim para continuar sus estudios de historia y filosofía. Cuarenta y ocho años más tarde, y sin tener la menor idea de lo que había estudiado su abuela en su juventud, mi hija Fania decidió estudiar en la Universidad de Tel Aviv historia y filosofía.

No sé si mi madre dejó a medias sus estudios en la Universidad de Praga sólo porque el dinero de sus padres se había acabado. ¿Hasta qué punto la empujaría hacia Eretz Israel el violento odio hacia los judíos que invadía a mediados de los años treinta las calles de Europa y que también llegó a los campus, y en qué medida se vería influida por la educación recibida en el instituto Tarbut y en las Juventudes Sionistas? ¿Qué esperaba mi madre encontrar aquí, qué encontraría, qué no

encontraría? ¿Cómo serían Tel Aviv y Jerusalem para alguien que había crecido en una casa señorial de Rovno y llegaba directamente del seno de la belleza gótica de Praga? ¿Cómo sonaría el hebreo hablado en esta tierra al oído refinado de la joven que traía consigo un hebreo impecable, aprendido en los libros en el instituto Tarbut, y que estaba dotada de gran sensibilidad lingüística? ¿Qué le dirían a mi joven madre las colinas de arena, los motores de las bombas de agua en los huertos, los pedregales, las excursiones arqueológicas, las ruinas de los lugares bíblicos y los restos de los asentamientos del Segundo Templo, los titulares del periódico Davar, los productos lácteos de Tnuva, los wadis, los vientos del desierto, las cúpulas de los monasterios rodeados de murallas, el agua fresca de las jarras, los recitales de acordeón y armónica, los conductores de autobús con pantalones cortos color caqui, el sonido del inglés, lengua de los gobernantes, los huertos sombríos, los minaretes de las mezquitas, las caravanas de camellos cargados de grava, los vigilantes hebreos, los bronceados pioneros de los kibutzim, los albañiles con viseras viejas? ¿Sentiría rechazo o atracción por las tempestuosas noches de discusiones, divisiones, cortejos, por las excursiones de los sábados, el entusiasmo de la vida política, las conspiraciones de los miembros de la resistencia y sus simpatizantes, el reclutamiento de voluntarios para labores agrícolas, las noches azul oscuro salpicadas de aullidos de chacales y ecos de disparos lejanos?

Cuando tuve la edad suficiente para que mi madre me pudiera hablar de su infancia, su juventud y sus primeros años en Eretz Israel, su mente estaba ya lejos de todo eso y ocupada en otras cosas. Los cuentos que me contaba por las noches estaban poblados por gigantes, hadas, magos, mujeres de campesinos, hijas de molineros, cabañas perdidas en medio del bosque. Cuando hablaba del pasado, de la casa de sus padres, del molino de harina, de la perra Frima, a veces se percibía en su voz cierta amargura y desesperación, algo ambiguo, vagamente sarcástico, cierta ironía contenida, algo demasiado complejo o velado como para que yo pudiese comprenderlo, algo desafiante e inquietante.

Tal vez por eso no me gustaba que hablara de esas cosas y siempre le pedía que me contara cualquier cosa más clara y más cercana a mí, la historia de las seis mujeres hechizadas de Matvey, el aguador, o la del caballero muerto que continuaba atravesando continentes y ciudades bajo la forma de un esqueleto con armadura, yelmo y espuelas de fuego.

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

No sé casi nada del día en que mi madre llegó a Haifa, de sus primeros tiempos en Tel Aviv y sus primeros años en Jerusalem. A modo de sucedáneo, voy a contar algo de lo que me dijo mi tía Sonia: cómo y por qué vino aquí, qué esperaba encontrar y qué encontró.

En el instituto Tarbut no sólo aprendíamos a leer, escribir y hablar un hebreo muy bueno, que la vida se ha encargado de estropearme, estudiábamos también Biblia, Mishná y poesía medieval, pero además estudiábamos biología, polonística, es decir literatura e historia polacas, arte del Renacimiento e historia de Europa. Pero lo más importante que aprendíamos en el instituto Tarbut era que más allá del horizonte, más allá del río y el bosque, había una tierra a la que pronto deberíamos dirigirnos, porque el tiempo de los judíos en Europa, y sin duda nuestro tiempo, el de los judíos que vivíamos en Europa del Este, estaba llegando a su fin.

Nuestros padres advertían con mucha más claridad que nosotros que el tiempo se acababa: incluso los que se habían enriquecido, como nuestro padre y otras familias que fundaron en Rovno fábricas modernas o se dedicaban a la medicina, las leyes y la ingeniería, incluso aquellos que tenían muy buenas relaciones sociales con las autoridades y los intelectuales de la ciudad, incluso ellos sentían que vivíamos sobre un volcán: estábamos justo en la tensa frontera entre Stalin, Grajewski y Pilsudsky. Ya sabíamos que Stalin quería borrar por completo, a la fuerza, todo vestigio de existencia judía, para que sólo quedaran buenos komsomolniks que se delataran entre sí. Por otra parte, Polonia trataba a los judíos con repugnancia, como alguien que se ha metido en la boca un trozo de pescado podrido y ni se lo traga ni lo vomita. No habría sido correcto vomitarnos en presencia de los países del Tratado de Versalles, en el ambiente de los derechos nacionales, Wilson, la Sociedad de Naciones, en los años veinte los polacos aún sentían cierto pudor: querían tener una buena imagen. Como un borracho que intenta caminar recto para que nadie vea que se va tambaleando. Los polacos aún esperaban mostrarse más o menos como una familia de pueblos. Sólo nos oprimían, humillaban y vejaban solapadamente, para que poco a poco nos fuéramos todos a Palestina y desapareciésemos para siempre de su vista. Por eso estimularon en cierta medida una educación sionista y la creación de institutos hebreos: para que todos nos convirtiéramos en un pueblo, claro, por qué no, lo importante era que nos fuéramos de una vez a Palestina y buenas noches, a otra cosa.

El miedo que reinaba en todas las casas judías, el miedo del que casi nunca se hablaba pero que nos habían metido en el cuerpo como un veneno, gota a gota, era el miedo terrible a no ser realmente personas lo bastante limpias, a que de verdad fuéramos demasiado molestos y engreídos, demasiado astutos y avaros. A lo mejor era cierto que nuestros buenos modales desentonaban. Había un miedo mortal, el miedo a causarles mala impresión a los gentiles y que entonces se enojasen y nos volvieran a hacer cosas terribles en las que era mejor ni pensar.

Mil veces les repetían a los niños judíos que se comportaran bien con ellos, con educación, aunque fueran groseros o estuviesen borrachos, que de ninguna manera les hicieran enojar, no había que discutir ni regatear con un gentil bajo ningún concepto, que estaba prohibido irritarlos, mostrarse altivos, que siempre había que hablarles en voz baja y sonriendo, para que no dijeran que éramos escandalosos, y hablar siempre en un polaco correcto, para que no dijeran que corrompíamos su lengua, pero que tampoco había que hablar polaco muy culto, para que no dijeran que queríamos llegar demasiado lejos, para que no dijeran que éramos ambiciosos y para que de ningún modo dijeran que teníamos manchas en la ropa. En resumen, que debíamos hacer todo lo posible por causarles una buena impresión y que ningún niño podía estropear esa buena impresión, porque bastaba con que un niño, uno sólo, no se lavase bien la cabeza y tuviese piojos, para crearle mala fama a todo el pueblo judío. Ni siquiera así nos soportaban, así que estaba completamente prohibido darles más motivos para no soportarnos.

Ustedes, los que han nacido aquí, jamás podrán comprender cómo ese goteo va, poco a poco, distorsionando los sentimientos, como una herrumbre inexorable que fuera comiéndose poco a poco tu humanidad, convirtiéndote en un hipócrita, un mentiroso y un pícaro, igual que un gato. A mí no me gustan mucho los gatos. Los perros tampoco. Pero si tengo que elegir, prefiero a los perros. Los perros son como los gentiles, enseguida ves lo que piensan y lo que sienten. El judío de la diáspora era un gato, en el peor sentido, ¿entiendes a lo que me refiero?

Pero lo que más miedo daba era la chusma. Lo que podía pasar entre un gobierno y otro, por ejemplo, si los polacos eran expulsados y los comunistas ocupaban su lugar: se temía que en ese intervalo volvieran a aparecer las bandas de ucranianos o de bielorrusos o la muchedumbre polaca instigada o, más al norte, los

lituanos. Era un volcán en constante y lenta erupción y siempre olía a humo. «En la oscuridad afilan los cuchillos», se decía sin precisar quién, pues podían ser tanto los unos como los otros. La muchedumbre. También aquí, en Eretz Israel, se ha podido apreciar que la muchedumbre judía puede ser un monstruo.

A los únicos que no temíamos mucho era a los alemanes. Recuerdo que en el 34 o el 35 yo era la única de la familia que seguía en Rovno, para terminar mis estudios de enfermería, en el 35 aún había bastantes entre nosotros que esperaban que llegase Hitler, decían que con él al menos habría leyes y disciplina, y cada uno sabía dónde estaba su sitio, que no importaba mucho lo que Hitler dijera, lo importante era que allí, en Alemania, había impuesto un orden alemán ejemplar y que la chusma temblaba ante él. Lo importante era que con Hitler, al menos no habría tumultos callejeros ni anarquía; entre nosotros aún se pensaba entonces que la anarquía era la peor situación posible: la mayor pesadilla era que los sacerdotes empezaran un día a instigar en las iglesias diciendo que la sangre de Jesús volvería a ser derramada por culpa de los judíos y comenzasen a repicar sus pavorosas campanas, y los campesinos lo escucharan, se llenaran la barriga de aguardiente, tomaran las hachas y las horcas y empezara todo.

Nadie imaginaba lo que realmente iba a suceder, pero en los años veinte casi todo el mundo sabía que los judíos no tenían futuro ni con Stalin, ni en Polonia ni en ningún lugar de la Europa del Este y, por tanto, fue tomando fuerza la idea de marchar en dirección a Eretz Israel. Por supuesto no todos pensaban así, los ultraortodoxos se oponían tajantemente, y los bundistas, los idishtas, los comunistas y los asimilados, que se consideraban más polacos que Paderevsky y Moycechovsky, pero muchas personas normales de Rovno en los años veinte se preocupaban de que sus hijos estudiaran hebreo y fueran al instituto Tarbut. Los que tenían dinero mandaban a sus hijos a estudiar a Haifa, a la Universidad Politécnica, o al instituto de Tel Aviv, o a las escuelas agrícolas, y los ecos que nos llegaban de vuelta de Eretz Israel eran sencillamente maravillosos: los jóvenes sólo esperábamos que nos llegara el turno. Mientras tanto, todos leíamos periódicos en hebreo, discutíamos, cantábamos canciones de Eretz Israel, recitábamos poemas de Bialik y Tchernijovsky, nos dividíamos en montones de partidos y grupos, confeccionábamos uniformes y banderas, había una gran pasión por todo lo nacional. Se parecía mucho a lo que ocurre hoy con los palestinos, pero sin el

derramamiento de sangre que ellos provocan. En el pueblo judío hoy apenas se aprecia un espíritu nacional así.

Por supuesto, conocíamos las duras condiciones de vida en Eretz Israel: sabíamos que hacía mucho calor, que había desierto y pantanos, que faltaba trabajo, y sabíamos que había árabes pobres en los pueblos, pero veíamos en el gran mapa que colgaba en la pared de la clase que los árabes no eran muchos, habría entonces aproximadamente medio millón, con seguridad menos de un millón, y existía la total certeza de que había sitio para unos cuantos millones de judíos más, y que a los árabes tal vez se les instigaría contra nosotros, como al pueblo llano de Polonia, pero podríamos explicarles y convencerlos de que de nosotros sólo obtendrían beneficios, beneficios económicos, sanitarios, culturales y otros muchos. Creíamos que pronto, en unos pocos años, los judíos serían mayoría en Eretz Israel y entonces le mostraríamos al mundo entero una conducta ejemplar con la minoría árabe: nosotros, que siempre habíamos sido una minoría oprimida, nos comportaríamos con la minoría árabe con honestidad y justicia, con generosidad, participaríamos con ellos en la construcción de la patria, compartiríamos todo con ellos y de ningún modo los convertiríamos en gatos. Era un bonito sueño.

En todas las aulas de las guarderías Tarbut, los colegios de primaria Tarbut y los institutos Tarbut había colgado un gran retrato de Herzl, un gran mapa que abarcaba desde Dan hasta Beer Sheva, donde se destacaban especialmente los asentamientos de los pioneros, una hucha del Keren Kayemet, fotos de pioneros trabajando y fragmentos de poemas que se habían convertido en eslóganes. Bialik visitó dos veces Rovno y Tchernijovsky otras dos, y también Asher Brash, eso creo, o puede que fuera algún otro escritor. También los dirigentes de Eretz Israel venían casi todos los meses, Zalman Rubashov, Tabankin, Yacob Zerubabel, Zeev Jabotinsky.

Preparábamos grandes desfiles en su honor, con tambores y banderas, con adornos y farolitos de papel, con entusiasmo, eslóganes, brazaletes y canciones, el alcalde polaco en persona salía en su honor a la plaza, y así, a veces, teníamos la sensación de que también nosotros éramos un pueblo, no sólo una inmundicia. Quizá te resulte difícil entenderlo, pero por aquellos años, los polacos estaban ebrios de polonicidad, los ucranianos estaban ebrios de ucranidad, y los alemanes, los checos, todos, incluso los eslovacos, los lituanos y los letones, y nosotros simplemente no teníamos sitio en ese carnaval, nosotros no estábamos incluidos y

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

no éramos queridos. ¿Qué tiene de extraño que también nosotros deseáramos con todas nuestras fuerzas ser un pueblo como todos? ¿Qué alternativa teníamos?

Pero la educación no era chovinista. La educación del Tarbut era humanista, progresista, democrática, y también artística y científica. Intentaban dar a los chicos y las chicas los mismos derechos. Nos enseñaban a respetar a los otros pueblos: todo ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, aunque lo olvide constantemente.

Desde muy pequeños estábamos mentalmente en Eretz Israel, conocíamos de memoria la ubicación de las colonias agrícolas, lo que crecía en los campos de Beer Tuvia y cuántos habitantes tenía Zikron Yacob, quién había asfaltado la carretera Tiberias-Tzemaj y cuándo habían subido al monte Gulboa. Sabíamos incluso lo que se comía allí y cómo se vestía.

Es decir, creíamos saberlo. La verdad es que los profesores no lo sabían y, por tanto, aunque hubieran querido contarnos el lado malo, no hubieran podido: no tenían ni idea. Todos los que llegaban de Eretz Israel, delegados, instructores, dirigentes, y todos los que iban y volvían, nos hacían un retrato fascinante. Y si alguna vez volvía alguien contando cosas no tan buenas, no estábamos dispuestos a escucharlo. Simplemente lo hacíamos callar. Lo tratábamos con desprecio.

El director de nuestro instituto era un hombre encantador, un charmant, un estupendo educador, tenía una inteligencia aguda y un corazón de poeta. Se llamaba Rais, señor Rais, Isacar Rais. Llegó desde Galitzia y rápidamente se convirtió en un ídolo para la juventud. Todas las chicas estaban enamoradas de él en secreto, también mi hermana Haya, que en el instituto destacaba por su activismo y su tendencia natural al liderazgo, y también Fania, tu madre, sobre la que el señor Rais ejercía una influencia mística y a quien arrastró suavemente hacia la literatura y el arte. Era un hombre muy guapo y viril, un poco a lo Valentino o Navarro en las películas, lleno de calidez y empatía, casi nunca estaba enojado y, si se enojaba, no dudaba después en llamar al alumno en cuestión y pedirle disculpas.

La ciudad entera estaba fascinada con él. Creo que las madres soñaban con él por las noches y las hijas se derretían al verlo por el día. Y también los chicos, no menos que las chicas: intentaban imitarlo. Hablar como él. Toser como él. Pararse a

mitad de una frase, como él, e ir a asomarse un momento por la ventana para reflexionar. Habría podido tener muchísimo éxito como seductor. Pero no: por lo que sé, estaba casado, aunque no felizmente, con una mujer que no le llegaba a la suela de los zapatos, pero se comportaba como un marido ejemplar. También podría haber triunfado como líder, era de esa clase de personas por las cuales los demás están dispuestos a ir al fin del mundo y a hacer cualquier cosa por provocarles una sonrisa de aprobación o una palabra de elogio. Sus ideas eran compartidas por todos. Su humor se convirtió en el sello de identidad de todos. Y él creía que sólo en Eretz Israel los judíos podrían curarse de sus trastornos mentales y demostrarse a sí mismos y al mundo que también ellos tenían buenas cualidades.

Había otros profesores estupendos, estaba Menahem Gelerter, que nos enseñaba Biblia como si hubiese estado presente en el valle de Elá, en Anatot o en el santuario de los filisteos en Gaza. También enseñaba literatura hebrea y literatura universal, y recuerdo que una vez en clase, contrastando los poemas, nos demostró que Bialik no tenía nada que envidiarle a Mickiewicz. Menahem Gelerter nos llevaba cada semana de excursión por Eretz Israel, una vez a Galilea, otra a las colonias agrícolas de Judea, otra al valle de Jericó, otra por las calles de Tel Aviv: traía mapas y fotografías, recortes de periódicos, fragmentos de poemas y novelas, páginas de la Biblia y de geografía, historia y arqueología, hasta que al final sentías un agradable cansancio, como si de verdad hubieras estado allí, no sólo con el pensamiento sino andando bajo el sol y el polvo, entre los cítricos y los viñedos, entre las chumberas y las tiendas de campaña de los pioneros en los valles. Y así llegué a Eretz Israel mucho antes de llegar.

## CAPÍTULO 27

En Rovno, Fania tenía un amigo, un pretendiente, un licenciado, un chico delicado y profundo que se llamaba Terle o Terlo. Había una especie de pequeño sindicato de estudiantes sionistas del que formaban parte tu madre, Terlo, mi hermana Haya, Esterika Ben Meir, Fania Weissman, y puede que también Fania Zonder, Lilia Kalish, que después se llamó Lea Bar Samka, y varios más. Haya era la líder natural hasta que se fue a estudiar a Praga. Hacían todo tipo de planes, cómo vivirían en Eretz Israel, cómo trabajarían por el desarrollo de la vida artística y cultural, cómo mantendrían la relación con los naturales de Rovno. Después de que las chicas se marcharan de Rovno, unas a estudiar a Praga y otras a Eretz Israel, Terlo empezó a cortejarme. Me esperaba todas las tardes a la salida del hospital militar polaco. Yo iba con un vestido verde y una cofia blanca, y paseábamos por la calle Czechięgo Maya, por la calle Topoliowa, que pasó a ser la calle Pilsudsky, por el jardín del palacio, por el monte Gravni, a veces nos dirigíamos hacia el río Ustiya, al barrio antiguo, a los alrededores de la fortaleza donde estaban la gran sinagoga y la iglesia católica. Lo único que hacíamos era hablar. Como mucho puede que dos o tres veces nos tomáramos de la mano. ¿Por qué? Me resulta difícil explicártelo, porque ustedes no pueden comprenderlo. Hasta se burlarían de nosotros: en aquella época debíamos guardar un recato tremendo. Estábamos sepultados bajo una montaña de vergüenza y temor.

El tal Terlo era, ideológicamente, un auténtico revolucionario, pero se ruborizaba por todo: si por casualidad se le escapaba la palabra «mujeres», «lactancia», «falda», o incluso la palabra «piernas», al instante se ponía rojo hasta las orejas, como si tuviera una hemorragia, y empezaba a disculparse y balbucir. Conmigo sólo hablaba sin parar de tecnología y ciencia, si suponían una bendición o una maldición para la humanidad, o las dos cosas al mismo tiempo. Y hablaba apasionadamente sobre el futuro, decía que pronto dejaría de existir la pobreza, la injusticia, las enfermedades y hasta la muerte. Era un poco comunista, pero eso no le sirvió de gran ayuda: cuando llegó Stalin en el 41, sencillamente fue detenido y desapareció.

De todo el Rovno judío no quedó con vida casi nadie: sólo aquellos que se vinieron aquí a tiempo, los pocos que huyeron a América y los que lograron salir

indemnes de los cuchillos de los bolcheviques. Al resto los asesinaron los alemanes, a excepción de aquellos a los que asesinó Stalin. No, no me gustaría volver allí: ¿para qué? ¿Para volver a añorar desde allí un Eretz Israel que ya no existe y que posiblemente nunca existió salvo en nuestros sueños juveniles? ¿Para condolerme? Para condolerme no necesito moverme de la calle Wiesel y puede que ni de casa. Todos los días me paso varias horas condoliéndome en el sillón o mirando por la ventana. No, no me conduelo por lo que ya no existe sino por lo que nunca existió. No tengo por qué condolerme por Terlo, han pasado casi setenta años, de todos modos hoy ya no estaría vivo, habría muerto a manos de Stalin o si no aquí, en una guerra o en un atentado, y si no de cáncer o diabetes. ¡No! Me conduelo sólo por lo que nunca existió. Por los bellos cuadros que nos hacíamos y que ya se han borrado.

Me embarqué en un carguero rumano, se llamaba Constanza, y recuerdo que, a pesar de no ser creyente, no quise comer cerdo: no por temor de Dios, pues Él mismo lo creó sin aversión, y cuando se raja a un cochinitillo y éste grita e implora con la voz de un niño maltratado, Dios lo ve y lo oye y se apiada del atormentado cerdo más o menos del mismo modo en que se apiada de las personas. Siente la misma piedad por el cerdo que por sus rabinos y sus jasidim, que respetan todos sus preceptos y le sirven durante toda su vida.

No fue por temor de Dios sino porque, precisamente de camino a Eretz Israel, no me parecía apropiado llevar al barco cerdo ahumado, cerdo salado y embutido de cerdo. Por eso durante todo el trayecto estuve comiendo un estupendo pan blanco, un pan fino y sabroso. Por las noches conseguí dormir en tercera clase, bajo techo, en un dormitorio al lado de una chica griega que llevaba con ella a una niña de no más de seis semanas. Todas las tardes la acunábamos entre las dos en una sábana, como si fuera una hamaca, para que dejara de llorar y se durmiera. Hablar no hablábamos ni una palabra, pues no teníamos ningún idioma en común y tal vez por eso nos despedimos con gran afecto.

Incluso recuerdo que por un momento me pregunté el motivo de mi viaje a Eretz Israel, ¿por qué iba allí?, ¿sólo para vivir entre judíos? La verdad era que esa chica griega, que posiblemente ni siquiera supiese lo que era un judío, estaba más cerca de mí que todo el pueblo judío. El pueblo judío me pareció por un instante una gran masa sudorosa que intentaba hacerme entrar en sus entrañas para digerirme

con sus jugos gástricos, y me dije: Sonia, ¿de verdad es eso lo que quieres? Es interesante el hecho de que en Rovno nunca tuviera ese temor a ser digerida por los jugos gástricos del pueblo. Tampoco aquí volví a sentirlo. Sólo allí, por un momento, en el barco, durante el trayecto, cuando la niña griega dormía sobre mis piernas y yo la sentía a través del vestido como si realmente fuese sangre de mi sangre, a pesar de que no era judía, a pesar del malvado Antíoco, y a pesar de esa canción de Januká tan fea, «Roca de mi salvación», en cuya letra nazi era mejor ni pensar. Puede que no haya que llamarla nazi, pero lo que sí es cierto es que es una letra muy fea.

Una mañana temprano, puedo decirte hasta la fecha y hora exactas, tres días antes de que acabara el año 38, el miércoles 28 de diciembre de 1938, poco después de la fiesta de Januká, un día muy claro, casi sin nubes, a las seis de la mañana me puse un sweater y una chaqueta, subí a la cubierta y miré la línea gris de nubes del horizonte. Debí de estar casi una hora mirando y sólo vi unas cuantas gaviotas. Y de repente, de golpe, sobre la línea de nubes apareció el sol invernal y bajo la línea de nubes despuntó la ciudad de Tel Aviv: filas y filas de casas cuadradas, blancas, completamente distintas a las casas de ciudad y a las casas de pueblo polacas y ucranianas, completamente distintas a Rovno, Varsovia y Trieste, pero muy parecidas a los cuadros que había en todas las aulas del Tarbut, desde las guarderías a los institutos, y también a los dibujos y fotos que el profesor Menahem Gelerter nos enseñaba. Por tanto me quedé sorprendida pero al mismo tiempo no.

No puedo describir la alegría que de repente me inundó la garganta, de pronto sólo quería gritar y cantar, ¡es mío!, ¡todo esto es mío! ¡De verdad es todo mío! Es extraño, nunca antes, ni en nuestra casa, ni en nuestro jardín de árboles frutales, ni en el molino de harina, jamás tuve una sensación tan fuerte de completa pertenencia, la alegría de la posesión, ¿entiendes a lo que me refiero? Nunca en la vida, ni antes de esa mañana ni después, sentí una alegría así: por fin aquí estaría mi casa, por fin aquí podría correr las cortinas, olvidarme de los vecinos y hacer lo que quisiera. Aquí no tendría que ser educada, no tendría que avergonzarme de nadie, no tendría que preocuparme por lo que pensarán o dijeran de nosotros los campesinos, ni por lo que los intelectuales sintieran hacia nosotros, ni tendría que esforzarme por causar buena impresión a los gentiles. Ni siquiera cuando compramos el primer piso en Jolón, o éste, en la calle Wiesel, sentí de una forma tan intensa la satisfacción de estar en mi propia casa. ¡Ésa fue la sensación que me

embargó cerca de las siete de la mañana, ante una ciudad donde nunca había estado, ante una tierra que ni siquiera había pisado, ante unas extrañas casas blancas distintas a las que había visto siempre! A lo mejor no eres capaz de comprenderlo. Te parece un poco ridículo, un poco estúpido, ¿verdad?

A las once de la mañana bajamos con las maletas a una lancha a motor; el marinero que la pilotaba era una especie de ucraniano grande y velludo, todo sudado y un poco temeroso, pero cuando le dije gracias en ucraniano y quise darle una moneda se rió y me contestó en un hebreo impecable: Pero muñeca, no es necesario, en vez de eso podías darme un besito.

Hacía un buen día, algo frío, y lo primero que recuerdo es un olor bastante agradable, un poco embriagador, un intenso olor a alquitrán hirviendo, y en medio del denso humo de los bidones de alquitrán –al parecer estaban asfaltando una plaza o un muelle–, en medio del humo negro, apareció de repente la cara de mi madre, sonriendo, y detrás Papá, con lágrimas en los ojos, y mi hermana Haya con su marido, Zvi, al que aún no conocía aunque nada más verlo pensé: ¡Vaya chico se ha buscado aquí mi hermana! ¡Guapo, bueno, simpático! Y sólo después de abrazar y besar a todos, vi que también estaba mi hermana Fania, tu madre. Estaba a un lado, no muy lejos de los bidones humeantes, llevaba una falda larga y un sweater azul, estaba en silencio, esperando a abrazarme y besarme después de los demás.

Enseguida advertí que, mientras mi hermana Haya había florecido, estaba exultante, sonrosada, esbelta, vigorosa, Fania no parecía encontrarse muy bien: la noté muy pálida y más callada de lo normal. Había ido expresamente desde Jerusalem a recibirme, se disculpó en nombre de Arie, su marido, tu padre, a quien no le habían dado el día libre, y me invitó a ir a visitarla.

Sólo al cabo de un cuarto de hora, o media hora tal vez, me di cuenta de que no le hacía bien estar tanto tiempo de pie. Antes de que ella o alguien de la familia me lo contara, descubrí que no llevaba bien el embarazo, es decir a ti. Sólo estaba de unos tres meses, pero tenía las mejillas hundidas, los labios blancos y la frente como nublada. No había perdido su belleza, al contrario, pero parecía cubierta por un velo gris del que no se desprendió hasta el final.

Haya fue siempre la más brillante e impresionante de las tres, la más interesante y fascinante, pero si uno miraba bien, si tenía cierta capacidad de observación, podía apreciar que la más guapa de nosotras era Fania. ¿Yo? Apenas contaba: yo sólo era la tontorróna. Creo que nuestra madre admiraba más a Haya, y se enorgullecía de ella, mientras que Papá casi no podía ocultar la verdad, que sentía devoción por Fania. Yo no era la preferida ni de mi padre ni de mi madre, puede que sólo de mi abuelo Efraim y, a pesar de eso, los quería mucho a todos: no tenía envidia ni les guardaba rencor. Puede que precisamente quien menos querido es, si no es envidioso ni rencoroso, tenga en su interior más amor que dar. ¿No? No estoy muy segura de lo que acabo de decir. Tal vez sólo sea un cuento que me cuento a mí misma antes de dormir. Tal vez todos nos contemos cuentos antes de dormir para tener menos miedo. Tu madre me abrazó y me dijo: Sonia, qué bien que hayas venido, qué bien que volvamos a estar todos juntos, aquí tenemos que ayudarnos mucho unos a otros, y sobre todo tenemos que apoyar a nuestros padres.

El piso de Haya y Zvi estaba a un cuarto de hora del puerto y Zvi, el héroe, llevó él solo casi todo mi equipaje. Por el camino vimos a unos obreros construyendo un gran edificio, era el seminario que todavía sigue existiendo en la calle Ben Yehuda, un poco antes de la esquina con la avenida Nordau. Esos obreros me parecieron en un primer momento gitanos o turcos, pero Haya me dijo que eran judíos bronceados por el sol. Jamás había visto judíos así excepto en fotografías, y entonces se me cayeron las lágrimas, por lo fuertes y alegres que eran esos obreros pero también porque entre ellos vi a dos o tres niños, tendrían como mucho doce años. Llevaban colgada a la espalda una especie de escalera de madera y en la escalera un montón de pesados ladrillos. Cuando vi aquello me eché a llorar de alegría, de humillación o de pena. No me resulta fácil explicarlo.

En Ben Yehuda, al lado de Jabotinsky, en el apartamento de Haya y Zvi, nos esperaban Yigal y la vecina que se había quedado cuidándolo. No tendría más de medio año, era un niño despierto y alegre como su padre, y lo primero que hice fue lavarme las manos, ponerme un paño en el pecho, tomarr a Yigal en brazos y abrazarle con ternura, en ese momento no sentí deseos de llorar, ni tampoco una alegría desatada como en el barco, tan sólo sentí la absoluta certeza, una certeza que me salía de dentro, de lo más profundo de mi interior, como del fondo de un pozo, de que era bueno que todos estuviéramos aquí y no en la casa de la calle Dubinska. Y también sentí, de repente, que había sido una pena no darle a aquel marinero

insolente y sudoroso el beso que me había pedido. ¿A qué venía eso? Ni hoy mismo lo sé, pero así me sentía en aquel momento.

Por la tarde, Zvi y Haya me llevaron a ver algo de Tel Aviv, es decir, fuimos a la calle Allenby y la avenida Rothschild, ya que la calle Ben Yehuda aún no se consideraba realmente Tel Aviv; la zona norte de la calle Ben Yehuda era por aquella época la periferia. Y recuerdo lo limpio y bonito que me pareció todo a primera vista, por la tarde, con los bancos en la calle, las farolas y todos los letreros en hebreo: como si toda la ciudad de Tel Aviv fuese una hermosa exposición en el patio del instituto Tarbut.

Fue en diciembre del 38, y desde entonces no he salido de aquí, excepto tal vez con el pensamiento. Y ya no saldré. Y no porque piense que Eretz Israel es una maravilla, sino porque ahora creo que todos los viajes son una soberana tontería: el único viaje del que no se vuelve con las manos vacías es el interior. En el interior no hay fronteras ni aranceles, se puede llegar hasta las estrellas más lejanas. O ir a lugares que ya no existen y visitar a personas que ya no están. Incluso entrar en lugares que jamás existieron y que tal vez nunca pudieron existir, pero donde me siento bien. O al menos, no me siento mal. ¿Y tú? ¿Te hago en un momento un huevo frito? ¿Con un poco de tomate, queso y un pedazo de pan? ¿O con palta? ¿No? ¿También hoy tienes prisa? ¿No te vas a tomar, por lo menos, otro vaso de té?

En la Universidad de Har Hatzofim, o tal vez en una de las estrechas habitaciones del barrio de Kerem Abraham, de la calle Gueulá, de Ahvah, donde en aquella época se hacinaban los estudiantes pobres de dos en dos y de tres en tres, se conocieron Fania Mussman y Yehuda Arie Klausner. Fue en el 35 o el 36. Sé que mi madre vivía entonces en una habitación alquilada en la calle Sofonías 24 con dos amigas de Rovno, también estudiantes, Esterika Wiener y Fania Weissman. Sé que tenía muchos pretendientes. Y, por lo que le oí decir a Esterika Wiener, tuvo algunos flirteos más o menos serios.

En cuanto a mi padre, eso me contaron, estaba ansioso de compañía femenina, hablaba mucho, era brillante con las palabras, era divertido, llamaba la atención y también provocaba alguna risita. «La enciclopedia andante», le llamaban los estudiantes. Si alguien necesitaba saber algo, y aunque no lo necesitase, a él le gustaba impresionar a todos demostrando que sabía quién era el presidente de

Finlandia, cómo se decía «torre» en sánscrito, dónde se mencionaba la nafta en el Talmud.

A las estudiantes que le gustaban, las ayudaba con gran entusiasmo a hacer los trabajos, por las tardes paseaba con las chicas por las callejuelas del Meah Shearim y por los caminos de Sanhedria, las invitaba a tomar gaseosa, se apuntaba a las visitas de los lugares santos y a las excavaciones arqueológicas, le gustaba mucho participar en las discusiones intelectuales, leer en voz alta, y con gran sentimiento, poemas de Mickiewicz o de Tchernijovsky. Pero al parecer sus relaciones con las chicas, o con la mayoría de ellas, no iban más allá de conversaciones profundas y paseos nocturnos: parece ser que las chicas sólo sentían por él una atracción teórica. En el fondo, en eso su suerte no fue distinta a la de la mayoría de los chicos de aquella época.

No sé cómo ni cuándo se acercaron mis padres el uno al otro, y no sé si antes de yo conocerlos aún había amor entre ellos. Se casaron un día de principios de 1938 en la azotea del rabinato en la calle Yafo, él con un traje negro a rayas blancas muy finas, corbata y un pañuelo blanco en el bolsillo de la chaqueta, y ella con un vestido blanco largo que resaltaba su piel oscura y su hermoso cabello negro. Fania se trasladó con sus escasas pertenencias de la habitación de la calle Sofonías que compartía con sus amigas a la habitación de Arie en el piso de la familia Zarhi, en la calle Amós.

Unos meses más tarde, cuando mi madre ya estaba embarazada, se fueron a vivir a un edificio que estaba casi enfrente, a la planta baja, un semisótano de dos habitaciones. Allí nació su único hijo. A veces mi padre, con su deslucida forma de gastar bromas, decía que por aquellos años, por supuesto, el mundo no era el lugar más idóneo para que nacieran niños en él (mi padre utilizaba mucho las palabras «por supuesto», «de cualquier forma», «ciertamente», «en cierto sentido», «evidentemente», «de inmediato», «por otra parte» y «qué vergüenza»). A lo mejor al decir que el mundo no era el lugar más idóneo para los niños, pretendía reprocharme, implícitamente, el haber nacido de forma precipitada e irresponsable, en contra de sus planes y expectativas, puesto que yo había nacido, por supuesto, antes de que él consiguiera todo lo que esperaba de la vida y por mi culpa había llegado tarde. Pero a lo mejor no pretendía insinuar nada sino tan sólo bromear a su manera: muchas veces mi padre empezaba a bromear sólo para que el silencio no imperara en la habitación. Creía que cada silencio se dirigía contra él. O que él era el culpable.